

cer una excursión al lago de Agnano. Diez minutos después de haber atravesado la gruta de Pausilipo, se deja á la izquierda el camino de Pouzzoles, y en una hora de marchas forzadas se llega al lago solitario. Lo que atrae á los viajeros, no es ni el lago mismo, ni su cintura de montañas gibosas, parque reservado á la eaza real; es simplemente su caverna sulfurosa, llamada la gruta del Perro. Del suelo que pisa el viajero y de las montañas volcánicas que limitan su estrecho horizonte, se desprenden diferentes gases cuya alta temperatura anuncia la proximidad de fuego subterráneo. De la célebre gruta se exhala tal cantidad de ácido carbónico que sería imposible vivir allí largo tiempo. «Excelencias, nos dijo el campesino que explota la curiosidad de los viajeros; hacedme el favor de agacharos, de llevar vuestra mano hasta el suelo y de subirla prontamente hasta la altura de vuestro rostro». Concedimos esta gracia al buen hombre. Después de dos ó tres movimientos de mano que nos hicieron subir hasta las narices un ardiente vapor, nos fué necesario salir violentamente, nos sentíamos asfixiados.

Fué ménos dichoso el pobre experimentador que nos siguió; el campesino llevó al desgraciado perro á demostrar la abundancia y la fuerza mortífera del gas carbónico. Lo tomó, lo introdujo por fuerza á la gruta y lo tuvo en ella acostado, y un minuto después hubiérais visto al pobre animal presa de espantosas convulsiones y respirando apénas. Entónces su amo lo arroja fuera de la gruta; al recibir sus pulmones el aire puro, se salvó. Pero ¡ay! los viajeros siguen, las experiencias se renuevan y la vida del pobre perro pasa en desvanecimientos perpétuos. Mientras compadecíamos la suerte del interesante animal, el campesino encendía una antorcha que introdujo á la gruta. Mientras estuvo á la altura de la capa atmosférica

saturada de carbon siguió ardiendo; apénas se sumergió en ésta cuando se apagó instantáneamente, como una antorcha que se arroja en un río; la misma experiencia se renovó seis veces. Cerca de la gruta del perro existen cavernas sulfurosas, cuya temperatura se eleva hasta 45 grados, y están de tal modo impregnadas de azufre, que un pedazo de madera que se frota contra sus paredes, se enciende como un cerillo químico. Las personas atacadas de reumatismo van á tomar allí baños de vapor, que se dice son muy eficaces.

Algunos días ántes de las erupciones del Vesubio, todas las grutas sulfurosas se agitan, producen humo, arden, y el lago hierve; éste es un signo precursor del temible fenómeno. Dios grande y magnífico en el cielo de Nápoles y terrible en los focos incandescentes ocultos bajo el suelo, se muestra aquí lleno de solicitud hácia esta ciudad indolente y ligera, que baila, que canta y que duerme bajo aquella corteza de tierra que la separa de insondables estanques de fuego.

De vuelta á Pausilipo, salvamos el flanco escarpado de la montaña con el fin de visitar las ruinas famosas de que está cubierta. Sobre aquel gracioso promontorio se encuentran las cisternas y los receptáculos de la inmensa vila de Védio Polion. Allí se guardaban las antiguas lampreas alimentadas con la carne de los esclavos condenados á muerte por su mal servicio. «Un día, dice Séneca, almorzaba Augusto en casa de Polion; un esclavo de éste último rompe un vaso de cristal; Védio manda al punto que se apoderen del torpe, y como si hubiera cometido el más enorme de los crímenes, le condena á ser arrojado vivo á unas grandes lampreas que alimentaba en una piscina, más bien para satisfacer su crueldad que su gula. El esclavo se escapa y va á caer á los piés de César, pidiendo, no que se le perdonara la vida,

porque él conocía muy bien á su señor, sino que se le condenara á perecer de otro modo y á no ser comido por aquellos crueles pescados. El emperador se humilla hasta implorar la compasión de Polion, que permanece inexorable. Entónces cediendo á un noble movimiento de indignación, Augusto concede gracia plena y entera al culpable; manda romper todos los vasos de cristal, ordena que se destruya la infame piscina en la cual Védio, que es de raza de libertos, daba el espectáculo de un Romano despedazado y devorado en un instante por aquellas especies de serpientes acuáticas. 1.

Ved ahí todo lo que el señor del mundo creyó poder hacer en favor de la humanidad ultrajada. No obstante, este rasgo tal como es, honra al primero de los Césares. Porque es necesario que algunas páginas mas léjos, la historia agregue: «Un día Augusto mandó crucificar á uno de sus esclavos por haber mandado asar y haberse comido una codorniz que en los combates de estos pequeños animales venía á todos los demas y hasta entónces se habia mostrado invencible. 2.

Inmediatamente arriba de la entrada de Pausilipo, del lado de Nápoles, está el pequeño *Columbario*, considerado como el sepulcro de Virgilio. Una gruta levantada algunos metros sobre el suelo, desnuda, sin escalones y cubierta de rosas, hé ahí lo que es hoy la tumba del príncipe de los poetas. Apénas puede leerse en una de las paredes el epitafio que el mismo Virgilio se habia compuesto, manifestando su voluntad de ser enterrado en Nápoles:

Mantua me genuit; Calabri rapuere; tenet nunc
Parthenope: cecini pascua, rura, duces.

El laurel plantado por Petrarca y renovado por Casimiro Delavigne se ha secado; arranqué de allí, como un recuerdo,

1 Senec de Ira, III, 40 Dio, LIV, p. 614; Plin., IX, 27; Senec de Clementia, I, 18.

2 Plutarco., *Apoptegma*, Rom., 10.

una hoja de moral salvaje. Debo añadir que un inglés mandó que se le inhumara cerca de la tumba virgiliana; diríase que al privilegio del *Spleen*, el nómada hijo de Albion quiere agregar el monopolio de todas las *excentricidades*. Cuando bajamos de la montaña visitamos á Nuestra Señora del *Parto*, fundada por Sannazar este otro poeta, mitad cristiano, mitad pagano en sus obras, se muestra tal hasta en su monumento fúnebre demasiado aplaudido. Terminamos nuestra larga jornada ofreciendo nuestros adioses á la guardiana de los viajeros, en la piadosa iglesia de Santa María á *Piè di Grotta*. Allí encontramos una gran afluencia de fieles de todas edades y condiciones que piadosamente arrodillados ante la imagen milagrosa de la Augusta Virgen cantaban en coro sus glorias divinas y sus bondades maternas.

21 DE FEBRERO.

Gruta de Pausilipo.—Pouzzoles.—Recuerdo de San Pablo.—Catedral.—Recuerdo de San Juanario.—Pedestal del templo de Tiberio.—Templo de Sérapis.—Vía Campaniana.—El lago Lucrino.—Anécdota.—El lago Averno, y la gruta de la Sibyla.—Baja.—Cúmas.—Bailli.—El cabo Myscena.—Piscina admirable.—Los Campos Elíseos.—El Macaroni.—Recuerdos é impresiones.

Nápoles, casi como Roma, es la tierra clásica de la antigüedad pagana. Hácia los últimos tiempos de la República, la seductora Parthénope y sus encantadoras orillas habian llegado á ser el punto de reunion general, el Baden de la alta sociedad romana; no habia una familia célebre que no tuviera su vila en las deliciosas orillas del golfo de Baja. Hé ahí por qué Virgilio, como hombre de génio, como poeta que quiso llegar á ser popular, colocó en aquellos lugares el teatro de los más brillantes episodios de su poema nacional. Para hacer un conocimiento íntimo con aquel mundo de Augusto, de Ti-

berio, de Calígula y de Adriano, es preciso visitar sucesivamente á Pouzzoles, á Pompeya y al museo Borbon. En Pouzzoles se encuentran elocuentes ruinas y una cosecha de recuerdos; Pompeya muestra al viajero no solo ruinas, sino una ciudad bien conservada con sus templos, sus basílicas, sus forum, sus calles, sus casas, una ciudad antigua á la cual no falta otra cosa para ser ciudad moderna más que el movimiento, habitantes y un ajuar común. El museo Borbon completa á Pouzzoles y á Pompeya. En este vasto depósito encontráis los muebles, los utensilios, las jarras, las inscripciones, las pinturas, las estatuas, ¿qué diré? todos los objetos capaces de iniciar á un hombre en los secretos más íntimos de la vida doméstica, civil y religiosa de un mundo sepultado hace dos mil años.

El orden lógico de estos estudios igualmente interesantes para el anticuario y para el cristiano nos llamaba á Pouzzoles. Un tiempo magnífico, un cielo sin nubes, una atmósfera de una transparencia desconocida en todas partes, formaban todo lo que es apetecible para gozar del rico espectáculo que íbamos á contemplar. Pasando rápidamente la *villa Beale*, en donde se pasea en calesas descubiertas toda la alta sociedad napolitana, llegamos á la gruta de Pausilipo. Esta galería subterránea atraviesa la montaña, cuya masa imponente intercepta toda comunicacion, á no ser por mar, entre Nápoles y el campo: se llama Pausilipo, es decir reposo. ¿Quién abrió este paso libre? se ignora. Ya Séneca lo describió y todo conduce á creer que es muy anterior á este filósofo 1. Como quiera que sea, este camino subterráneo cavado en la roca tiene 960 piés de longitud, 30 de latitud y 50 de altura. Está

1 Nihil illo carcere longius, nihil illis faucibus obscurus. *Elist* 57.—Strabonio atribuye la perforacion de Pausilipo al arquitecto Coccego, contemporáneo de Augusto. Lib. V 259.

iluminado de trecho en trecho por reverberos y por dos anchos respiraderos practicados en las extremidades; dos horas despues de haberlo pasado, se llega á Pouzzoles.

Esta pequeña ciudad, en otro tiempo célebre por su comercio, ha caído mucho de su esplendor, pero lo que no ha cambiado en su deliciosa posicion. Con el pié en el muelle y el rostro vuelto hácia el golfo de azules aguas, contempla el espectador al Sur á Capri, tristemente célebre por las infamias de Tiberio; al Poniente al cabo Miscenas que domina en toda su altura el soberbio receptáculo de las aguas; á Bauli y á su *Piscina admirable*, á la cual se ligan los costados semicirculares en donde la voluptuosa Baja extendía sus vilas y sus templos; al Oeste, el platillo de Cúmas, famoso por la residencia de la Sibyla; el lago Lucrino, en donde los Romanos encerraban á los mariscos, á que eran tan aficionados, el Monte Nuevo, montecillo volcánico, formado en 1538, despues de un temblor de tierra que hundió la pequeña ciudad de Tripergola; el monte Talerno, conocido por sus vinos melosos que fueron cantados tan menudo por la musa de Horacio, la vila arruinada de Ciron, en la cual fué sepultado Adriano, muerto en Baja; al Norte las verdes montañas de Solfatara, el antiguo forum de Vulcano, coronadas con las ruinas del vasto anfiteatro en donde corrió la sangre de los gladiadores en honor de Augusto, y con la soberbia vía Campaniana limitada por sepulcros que se extienden á más de dos millas.

Gozar de este deslumbrador espectáculo, alimentar nuestra alma con los recuerdos clásicos en que abunda, era sin duda uno de los motivos de nuestra excursion, pero no era el único; un interes mayor nos llamaba á aquellos lugares, como debe llamar á todo viajero cristiano. Transportán-

dome con el pensamiento diez y ocho siglos ántes, yo animaba todas aquellas encantadas orillas; las repoblaba con sus palacios, sus Termas, sus templos, sus vilas brillantes de púrpura, con pinturas, bronces, mármoles y oro. En aquellos balcones de jaspe y pórfido, sobre aquellas deliciosas azoteas adornadas con mirtos blancos y con laureles rosas, veía pasearse á los señores y á las señoras del mundo: Máris, Pompeyo, Lúculo, Ciceron, Hortensio, César, Augusto, Neron, Adriano ¿qué sé yo? Todos aquellos gigantes del poder, de la fortuna y de la gloria, tenían allí una morada de deleite. Yo veía, pues, toda aquella brillante sociedad contemplando el tercer día de Mayo del año 59, despues de Jesucristo, aquel mar de Baja trasparente como un cristal de roca y unido como un hielo de Venecia; gozando de aquel suelo y de aquel cielo únicos, cuando repentinamente aparece doblando el cabo Mysena, un navío que lleva en su popa la grande imágen de Castor y de Pollux y que empujado por un buen viento del mediodía, navega rápidamente hácia Pouzzoles. Sus velas de papagayo se desplegan; es un navío de Alejandria y se le conoce en aquel signo de honor. Y todas las vilas se animan y todo el pueblo está en el puerto para verlo llegar 2.

1. Horat ep. I. V. 83 ep 51—Plutarch., in *Mario*, 60.

2 Quod Paulus Alexandrina navi dicatur ad-
ductus, hic oportune in medium adducenda sunt
quae scribit Séneca, *epist* 77 ad *Lucilium*, de
navibus Alexandrinis cum Puteolos appellunt,
quam prae caeteris illae nobilitatae essent, et á
concurrente ad portum populo spectarentur avi-
dius; haec enim ait. Gratus illarum Campaniae
aspectus est, et omnis in pilis Puteolorum turba
consistit: et in ipso genere velorum Alexandri-
nas (quamovis in magna turba navium) intelli-
git. Solis enim licet supparum intendere, quod
in alto omnes habent naves; nulla enim res ae-
que adjuvat cursum quam, summa pars veli,
illinc maxime naves urgetur. Itaque quoties
ventus increbuit, majorque est quam expedit,
antenua submittitur: minus habet virium fletus
ex humili. Cum intravere Capreas et promon-

Romanos y romanas, miradlo bien. A su bordo está un hombre que es conocido por muchos de vosotros; es Julio Centurion de la corte Augusta. Bajo su guarda se encuentra un prisionero famoso que trae de Cesarea y que no conocéis. Si interrogais á Julio, os dirá que es un judío que viene para ser juzgado en la gran Roma, porque ha recusado á Pórcio Festo, gobernador de Syria y ha llevado su causa al tribunal mismo de César. Hé ahí lo que os responderá Julio que conoce á su ilustre prisionero tanto como vosotros. Pero yo que le conozco os diré lo que todos vuestros descendientes saben hoy: "Este prisionero, más poderoso que vuestros gobernadores y vuestros procónsules y más que vosotros mismos, oh soberbios señores del mundo, lleva bajo los pliegues de su pobre capa, no la paz ó la guerra á una nacion bárbara, sino la guerra al imperio, guerra al universo, guerra á muerte que hará temblar á la gran Roma en sus temibles colinas, hasta que sepulte bajo sangrientas ruinas á las ciudades y á los hombres, á los dioses y á Júpiter en la cima del Capitolio y á César en su palacio de oro; y esa guerra de la cual será héroe él, y vosotros testigos y víctimas, cambiará la faz de la tierra y colocará el nombre del prisionero encima de vuestros nombres, y sus cadenas encima de vuestros cetros, y sus huesos en medio de Roma misma y en templos más brillantes que vuestro Pantheon. ¿Queréis ahora conocer el nombre del cautivo de Julio? se llama Pablo."

Pero los antiguos romanos nada sabian de todo esto; y vieron pasar, sin sospechar lo que llevaba, el inmortal navío que atravesó en medio de una multitud de embarcaciones brillantes de oro y de púrpura, el

torium, ex quo, *alta procelloso speculatur vertice*
Pallas, caeterae velo jubentur esse contentae
supparunt Alexandrinarum insigne est.—Véase
Bar. an. 59 t. 1, p. 424 n. B.

golfo de Baja y vino á anclar en Pouzzoles. En cuanto al viajero cristiano que conoce todas estas cosas, os dejó pensar ¡con qué ojos, con qué corazón contempla aquel golfo, aquel muelle, teatro de un desembarque tan memorable en los anales del mundo! ¡con qué felicidad recorre las calles sinuosas de aquella pequeña ciudad de Pouzzoles en donde los hermanos detuvieron siete días al gran cautivo y á sus compañeros! 1. Las lágrimas le vienen á los ojos cuando tomando el evangelio lee toda aquella historia en las *Actas de los Apóstoles*. "Se decidió que Pablo sería enviado con los demás prisioneros al centurion Julio, de la cohorte Augusta. . . . Nos embarcamos en un navío de Alejandría que tenía por enseña *Castor y Pollux*. Costeando, llegamos á Rhegium; y un día después impulsados por un viento del medio día, venimos á Pouzzoles en donde hallamos á los hermanos que nos detuvieron consigo durante siete días." 2.

En memoria del desembarque de San Pablo, la ciudad de Pouzzoles hace cada año una procesion solemne en el muelle. 3. ¡Honor eterno á las ciudades que saben perpetuar con semejantes testimonios el recuerdo de los grandes acontecimientos de su historia! 4.

1 La cristianidad de Pouzzoles habia sido fundada por San Pedro quince años ántes.

2 *Actas de los Apóstoles*, C. XXVII y XXVIII.

3 La procesion tiene lugar el día 30 de Mayo. Al fijar este día, la tradicion está de acuerdo con la historia sagrada que fija la salida de Malta en la primavera. Véase á Cornel á Lápido, in, *Act. Apost.*, C. XXVII, v. 9.

4 Puesto que la materia me conduce á ello y me encuentro en lugares en donde todo habla del grande apóstol, no puedo resistir al gusto de dar á conocer la conducta de los habitantes de Reggio, quienes habian tenido la dicha la víspera misma de ver á San Pablo. El navío Alejandrino acababa de anclar en sus playas. A vista de la enseña de *Castor y de Pollux*, acudió toda la ciudad para rendir homenaje á sus divinidades queridas. Pablo que no pierde ninguna ocasion de anunciar el Evangelio, se pone á hablar,

Después de haber gozado ampliamente con aquellos hermosos recuerdos y con la admirable vista del golfo, visitamos á Pouzzoles. La catedral edificada en una altura, está dedicada á San Próculo, compañero de San Javier.

pero los idólatras afectan no comprenderle; van ya á retirarse y llega el momento de levar anclas. Pablo suplica al pueblo que se detenga y le escuche durante los instantes que tarde en consumirse una pequeña candela. Se acepta esto; Pablo enciende una candela y la coloca sobre la columna de granito que sirve para amarrazar los navíos. Muy pronto se consumió la candela, pero he aquí que la columna se enciende y siguió sirviendo de antorcha. Asombrados con aquel milagro, como los habitantes de Malta lo habian sido con la impotencia de la víbora y con la curacion de Públio, los Regianos proclaman á Pablo un hombre divino y le piden abrazar su doctrina. Pablo bautiza algunos de ellos con su mano y les deja por obispo á Estéban de Nicea, uno de sus compañeros; Reggio quedó convertido. En agradecimiento á su felicidad, edificó una iglesia á la orilla del mar en el lugar mismo del milagro, que atestigua todavía el trozo de la antigua columna colocada en el altar. Después de diez y ocho siglos aquellos dichos cristianos continúan dando testimonio de su viva gratitud y de su piedad filial hacia el Apóstol; el himno siguiente conocido por todo el pueblo, se canta todavía para celebrar el glorioso acontecimiento

HYMNUS.

In columnarum Rheginam Sancti Pauli Apostoli.

Ave, columna nobilis,
Electro et auro ditior
Illaque Mosis egea
Columna fortunatior.

Quod ore Paulus prædicat,
Te fulgurante comprobat;
Te conflagrante Rhegium
Christi fidem Complectitur.

Te palma tangens longuida
Sensit medelam coelicam:
Haustusque pluvius illico
AÆgris salutem contudit.

Ergo columna Rhegia,
Hebros ut Israelica
In terrae optima transtulit,
Tu nos in astra ducito.

Summo Patrisit gloria,
Natoque Patris unico,
Et Paracleto numini
Cunctis in ævum sæculis, Amen.

V. Paulus apóstolus devēnit Rhegium, alleluia.
R. Et senimavit verbum Dei, alleluia.

La palabra divina sembrada en Pouzzoles por los príncipes de los Apóstoles no habia tardado en producir abundantes frutos; estos frutos, muy pronto maduros para el cielo, fueron recogidos por manos de los perseguidores. El año de Roma 301, bajo el imperio de Diocleciano, siendo Constantino cónsul por la quinta vez y Maximiano Hércules por la sexta, Timoteo, gobernador de la Campaña, residente en Nela, mandó llevar ante su tribunal á Javier, obispo de Benevento, á quien ordenó que sacrificase á los dioses del imperio. Enero rehusó y el gobernador lo mandó arrojar en un horno ardiendo, del cual salió el mártir sano y salvo. Timoteo le mandó azotar cruelmente; luego cargado de cadenas le obligó á marchar delante de su coche hasta Pouzzoles. Después de haber sido encerrado, en una estrecha prision, fué sacado el santo con otros cristianos que estaban en ella hacia largo tiempo y todos juntos comparecieron ante Timoteo; estos eran Enero, Próculo y Sócia; el primero diácono de la iglesia de Pouzzoles, el segundo de Mesina, y por fin Eutiches y otros simples fieles. Condenados á las fieras, fueron conducidos al anfiteatro de Solfatara, en donde después de haber sido expuestos á los leones, que los respetaron, les mandó cortar la cabeza Timoteo 1. La muerte de los mártires fué un triunfo; desde luego Próculo y Enero descansaron honrosamente en Pouzzoles hasta que el cuerpo del último fué trasladado á Nápoles con las aclamaciones

ORATIO.

Deus qui ad Pauli apostoli prædicationem, lapidæa columna divinitus ignescente, fidei lumine Rheginos populos illustrasti; da quæsumus, ut quem Evangelii præconem habuimus in terris, intercessorem habere mereamur in cælis, Perdominum, etc. (a)

1 Bar., An. 301, n. II y siguientes.

(a) Marafioti in *Chronica Calabriae*, lib. I, c. 20; Giovan. Angel Spagnuolo de *Rebus Rheginis*, lib. IV, C. J.

nes del pueblo entero; en seguida el paganismo vencido se vió obligado á ceder sus templos á los vencedores. La catedral de Pouzzoles no es otra cosa más que el templo consagrado á Júpiter y luego á Augusto por el caballero romano Calpurnio; las columnas y los capiteles son los mismos. En este glorioso santuario veneramos el cuerpo de San Próculo y la piedra milagrosa en que fué degollado San Enero.

En el centro de la plaza que precede á la iglesia está un pedestal de mármol blanco, adornado con catorce figuras que representan los cuadros del Asia Menor destruidas por un temblor de tierra y reedificadas por Tiberio. La historia, de acuerdo con la tradicion, atribuye la destruccion de estas catorce ciudades al temblor de tierra que tuvo lugar á la muerte de Nuestro Señor. Así el monumento de Pouzzoles es un testimonio palpable de la verdad de la relacion evangélica 1. El distinguido guía que nos acompañaba nos habló con una profunda veneracion de Monseñor N. . . . obispo actual de Pouzzoles.

Este pontífice, digno de los tiempos apostólicos, divide su modesta renta en tres partes iguales; la primera para la catedral, la segunda para los pobres y la tercera para él.

En la parte baja de la ciudad están los magníficos despojos del templo de Sérapis, edificado por Adriano. El techo, del cual quedan algunas partes, era de mármol blanco. Desde el temblor de 1518, que hizo refluir las aguas del lago Lucrino, el pavimento y los pedestales están inundados. El templo tiene 44 metros de longitud y 38 de latitud, comprendiendo los pórticos y las 42 cámaras de los sacerdotes. Este monumento de un culto extran-

1 Phlegon, liberto de Adriano, citado por Orígenes, Eusebio, *Chronica an. Christi*. 33, Plin., lib. II, c. 84, Sueton, in, *Tiber.*, c. 48.

jero que fué el último que subsistió antes del cristianismo, ofrece la prueba mil veces repetida de la alianza impura contraída por Roma pagana con todas las divinidades que sus triunfadores llevaban encadenadas á su carro. Como siempre, un anfiteatro acompañaba al santuario de los impuros misterios. Aunque muy destruido el anfiteatro de Pouzzoles, no ha perdido enteramente su antigua forma; podía contener cuarenta mil espectadores; que despues de haberse embriagado muchas veces con la sangre de los gladiadores, bebieron con delicia la de los mártires. Más allá del anfiteatro, cerca de *San-Vito*, se ven las ruinas gigantescas de los numerosos mausoleos que limitaban la vía Campaniana. Estos sepulcros, despojados de inscripciones, conservan todavía bajos relieves y frescos con que el artista puede enriquecer su álbum. La mayor parte se refieren á objetos mitológicos. 1

El muelle presenta los restos imponentes del muelle restaurado por Adriano y Antonino el Piadoso. Pero lo que espanta la imaginación son los vestigios del puente de Calígula. Se compone de trece arcos, apoyados en enormes pilastras de las cuales la última se sumerge 60 palmos en el mar. ¿Para qué estas construcciones gigantescas? Suetonio va á decirnoslo. "Calígula, dice él, queriendo celebrar victorias imaginarias contra los Partos y los Dácios, dió el espectáculo extravagante de un triunfo á la manera del insensato Xerxes. Con este objeto mandó construir un puente, que partiendo de la parte del golfo en donde está sentada Pouzzoles, debía ir hasta Baja, situada en la orilla opuesta. Pero fué imposible edificar en el mar en un espacio de 2,818 toesas. Para quitar este obstáculo, el emperador mandó reunir de todos los puertos de Italia un gran número de navíos, que colocados en una

1 *Antichità di Pouzzoli*, in-fol.

doble línea formaron una especie de puente. Sobre esta larga hilera de navíos se levantó una calzada de tierra y de mampostería, según el modelo de la vía Apia, con pretilles á uno y otro lado y hospederías de trecho en trecho, á las cuales se había cuidado de llevar hasta agua dulce que salía por fuentes brotantes. El triunfo duró dos días y la cesación completa de transportes marítimos ocasionó una hambre general que se hizo sentir en Roma más vivamente que en otras partes. 1

Mientras estábamos considerando aquellos monumentos de la locura imperial, llegaba una fuerte barca montada por seis remeros y por un cicerone. Tomamos lugar en ella rezando, á ejemplo de los viajeros cristianos, el *Ave maris Stella*, en honor de María, y un *Pater* en honor de San Pablo, que nos había precedido en el golfo. Mientras los remos, hiriendo con iguales golpes las olas azuladas, llevaban dulcemente nuestra embarcación hacia Monte-Nuevo, nos vino á la cabeza leer en Suetonio la descripción del triunfo de Calígula. ¿Qué cosa más útil que estudiar las costumbres públicas de una sociedad, cuyos poéticos monumentos y cuya brillante morada se va á visitar?

"Cuando todo estuvo listo, continúa el grave historiador, Cayo se revistió con la coraza de Alejandro, que había quitado de la tumba de este conquistador, se puso encima una casaca militar, toda de seda, realzada con oro y brillante pedrería; luego, con la espada á un lado, el escudo en la mano y la corona cívica en la cabeza, sacrificó desde luego á Neptuno, cuyo poder iba á desafiar, y á la Envidia, cuyas malignas influencias tenía á causa de la magnitud de la empresa en que se iba á señalar. En seguida entra á caballo sobre el puente, y seguido de numerosas tropas de infantería y de caballería, armadas como

1 In Calig.

para un día de batalla, corre á toda prisa hasta Pouzzoles en actitud de combatiente; allí pasa la noche para descansar de sus grandes fatigas. Al día siguiente, con el vestido de triunfador, sube en un carro tirado por caballos famosos, por sus numerosas victorias en las carreras del Circo. Vuelve á pasar así el puente, haciendo llevar delante de él pretendidos despojos, y presidido por Dario, hijo de Artabane, rey de los Partos, que había sido dado en rehenes por su padre á los Romanos. Despues del triunfador venia en carros toda su corte vestida magníficamente, seguida por soldados á pié, como en los verdaderos triunfos. Desde lo alto de un estrado, colocado en medio del puente, arengó el emperador á sus tropas y las felicitó por tan hermoso hecho de armas y les distribuyó dinero.

"La fiesta fué terminada por una comida general. Cayo en el puente y los oficiales y soldados en barcas, se pusieron á la mesa y bebieron el resto del día y toda la noche, que fué tan clara como el día más hermoso, porque el puente y todas las costas del mar, en forma de media luna, estuvieron de tal modo iluminados, que no se apercibieron de la ausencia del sol; Calígula se había empeñado en cambiar la noche en día, así como había hecho de un brazo de mar un camino practicable para las gentes de á pié.

"Despues de la comida, Cayo, excitado por el vino, se procuró una diversion digna de él. Se puso á arrojar á sus cortesanos al mar y hacer correr un gran número de barcas llenas de soldados y de pueblo. Muchos se ahogaron; la mayor parte, sin embargo, se salvaron, porque el mar estaba muy en calma. Cayo halló en esto un nuevo motivo de orgullo; supuso que Neptuno había tenido miedo de él y que no se había atrevido á turbar sus placeres 1."

1 Sue in Calig., c. XXXII; Dio, lib. XLIII.

Acababa la lectura, cuando el cicerone nos advirtió que viéramos el *Monte-Nuevo*. Despues de habernos contado la formación de esta montaña y el hundimiento de Tripergole, añadía: "Todo esto sucedió en aquella ciudad, porque en ella se cometían muchos pecados." La terrible destrucción duró tres días y llenó una parte del lago Lucrino, cuyas aguas arrojó á Pouzzoles. Horacio no podía dejar de hacer mención de este lago famoso en la historia de la sensualidad romana, por los mariscos de que era receptáculo:

Non me Lucrina juverint conchyliis 1.

Agripa separó el lago Lucrino de la plena mar por un largo dique de cerca de 150 metros y bastante ancho para un carro de gran camino. Este dique está casi enteramente arruinado; pero el canal que unía el lago al golfo subsiste todavía. El aspecto de aquellos lugares nos recordó la interesante historia que se lee en Aulo Gelio: "Un día una multitud inmensa se agrupaba en las orillas del lago Lucrino, ocupada en mirar un gran pescado muerto, que estaba encallado en la orilla. Este pescado era un delfín que, habiendo entrado en el lago, concibió la más viva amistad hacia el hijo de un hombre del pueblo. Este niño iba á menudo de Baja á Pouzzoles, para dirigirse á las escuelas públicas. Al detenerse de ordinario al medio día en las orillas del lago, se había acostumbrado el delfín á ir allí al llamado de Simon, que le arrojaba algunos pedazos de pan. El animal acudía aunque estuviera en el fondo de las aguas y despues de haber recibido su porción acostumbrada, presentaba su espinazo, ocultando sus puntas como en una vaina. El escolar subía encima y le llevaba á Pouzzoles, atravesando el mar, y le volvía del mismo modo. Este juego duraba hacia ya muchos años, cuando

1 Epod., Od. II.

do el niño murió de enfermedad. El delfín siguió yendo á la cita, pero no encontrando ya lo que buscaba, tenía un aire pesoso. El cuerpo de él era lo que admiraba aquella muchedumbre; y no cabe duda en que el pobre animal murió de pena por la pérdida de su joven amigo. Todo el mundo iba á admirar aquella víctima de una amistad tan rara y tan singular, y se decidió que se le inhumara al lado del niño á quien amó con tanta constancia 1.

Siguiendo un pequeño camino hueco, abierto entre dos viñas, se llega en pocos minutos á las orillas del lago Averno, que comunicaba en otro tiempo con el lago Lucrino; aquí comienzan los recuerdos de nuestra Mitología clásica. Además, es preciso convenir en que, ó aquellos lugares han cambiado mucho á que la musa de Virgilio las había embellecido singularmente. El horrible Averno está todavía rodeado de una faja de montañas, pero no están ya cubiertas de aquellas espesas florestas cuyos copudos árboles extendían sobre sus aguas muertas una noche eterna; aquellas montañas, hoy desnudas y áridas, añaden la imágen de la desolación á la soledad de aquellos lugares. El infernal Styx es un manantial de agua potable situado cerca de allí á la orilla del mar. Las aguas termales que se encuentran cerca de Cúmas, eran el Periplegeton, otro río de los Infiernos. El avaro Aqueronte, bajo el nombre poco poético de Fusaro, sirve para curar el cáñamo y suministra excelentes ostras. Los Campos Elíseos, situados cerca de Paoli, son un buen terreno para viñas. Sin embargo, aquellos lugares han sido tan exactamente descritos, que con el Virgilio en mano puede el viajero reconocerlos todavía.

Así es como volvimos á encontrar en las orillas del Averno las ruinas del templo de Apolo. A algunos pasos de allí, so-

1 Aul. Gell. VII, 8; Plin., IX, 8, Solin., 17.

bre la izquierda, está la entrada de la gruta de la Sibyla de Cúmas. El guardian del antro infernal quiso abrirnosla, mediante algunas monedas, y á la luz de gruesas antorchas resinosas nos fué permitido formar juicio de esta galería subterránea. Se observa desde luego una bóveda muy semejante á la de Pausilipo. Este camino tenebroso pasa bajo el monte Misena y conduce hasta Cúmas; pero su mayor parte está hoy obstruida [1].

La entrada es una caverna natural que sirve de vestíbulo á la gruta de la Sibyla de Cúmas, que parece haber tenido muchas de ellas para dar sus oráculos: por allí se supone que la sacerdotisa de Apolo llevó á Eneas á los infiernos. Tal como describe Virgilio esta caverna, así se la puede hoy reconocer todavía; negra, horrible, con la abertura ancha y en forma de boqueron, de avenidas pedregosas, cavada en el flanco de la montaña á dos pasos del lago Averno:

*Spelunca alta fuit, vastoquo immanis hiatus
Serupea, tuta lacu nigro nemorumque tenebris.*

Así, no se podía ir á recibir los oráculos de la Sibyla sino atravesando largas galerías subterráneas. Esta condición dis-

1 La dificultad está en hacer saber cuál era su uso. Según el geógrafo Strabonio, Agripa, yerno de Augusto, mandó practicar aquella larga galería sin duda con el fin de unir el lago Averno con la ciudad de Cúmas (a). Puede haber abierto así un camino más cómodo, más corto y siempre fresco para los numerosos visitantes que pasaban incesantemente de un lugar á otro, durante la estación de los baños. Por otro lado, Virgilio que sin dejar de ser poeta es también geógrafo, habla de la caverna por la cual la Sibyla llevó á Eneas á los infiernos y la coloca en el lugar mismo en que comienza el camino de Agripa. La tradición constante del país sostenida por los arqueólogos más sabios, está de acuerdo con Virgilio. A lo que me parece se pueden conciliar muy fácilmente estas dos opiniones: basta admitir que la galería subterránea hasta la gruta de la Sibyla es una caverna natural, muy anterior por consiguiente al yerno de Augusto, que lo hizo más que prolongarla. La inscripción de los lugares basta para dar un fundamento sólido á esta opinión.

a Strab. V, p. 257.

ponía al terror religioso y convenia bien á los misterios tenebrosos del padre de la ventura. Después de haber andado cosa de doscientos pasos bajo una bóveda espaciosa, se detuvo el guía á la entrada de una abertura baja y muy estrecha, diciendo: "Excelencias, hé aquí el camino que conduce á los infiernos, ó más bien á los baños de la Sibyla, al lugar mismo en que pronunciaba sus oráculos." Habíamos cinco viajeros, y volviendo el rostro percibimos como Lazzaroni de alta estatura, de tez acobrada, barba negra, que se presentaba para servirnos de cabalgadura; porque el camino que conduce á los baños de la Sibyla está inundado como dos piés de agua. A vista de aquellos varoniles rostros, á los cuales la luz de las antorchas daba un tinte pálido, cambiamos nuestros amigos y yo una mirada que queria decir: ¿Es conveniente aceptar? ¿Si acaso nos iban á despojar ó degollarnos, ¿quién lo sabia? A pesar de nuestro secreto terror, nos decidimos valerosamente hé y nos á llí á todos saltando sobre las espaldas inclinadas de nuestras parlantes cabalgaduras.

Yo tenia fuertemente el cuello y á lo que creo también la barba de la mia; en cambio, ella me oprimia con fuerza las piernas y no cesaba de repetir: "Excelencia, no dejes resbalar vuestras rodillas, porque os degollareis en las paredes; bajad la cabeza ó vais á chocar contra la bóveda." De este modo, que puede parecer pintoresco y hasta poético, pero que seguramente no es cómodo, avanzábamos lentamente en las sinuosidades de la bóveda infernal. Muy pronto mi caballo se hundió en el agua hasta las rodillas; los piés de mi excelencia mojaronse también, y mis ojos se cerraron cansados como estaban por el humo de la antorcha resinosa que me quemaba el rostro á 6 pulgadas de distancia. El viaje comenzaba á parecer más largo, cuando mi Atlas, volteando bruscamente

á la derecha, dió un gran salto y me depositó en un banco de piedra. "Excelencia, me dijo con un aire satisfecho: hénos aquí en los baños de la Sibyla." Esperando el resto de la caravana, me froté los ojos y conocí que estaba en una caverna tan negra, tan profunda, que todos los antros de los bandidos de los Apeninos ó de la Calabria, no se atreverían á acercarse por allí. Mis compañeros de aventuras llegaban en hilera, riendo, gritando, respirando recio y ligeramente aterrorizados; la gruta presentaba entonces un espectáculo digno de un hábil pincel. Las viejas paredes eunegrecidas por el humo, los rostros morenos de los lazzaroni, los nuestros alterados, el agua sucia que cubria el suelo, toda esta escena, débilmente iluminada por la luz vacilante de las antorchas, presentaba el asunto de un cuadro casi infernal.

La caverna ó como se dice, la sala de baños, tiene dos aberturas: una por donde se entra, y la otra actualmente cerrada, que comunicaba con uno de los numerosos subterráneos de que estaba rodeada la gruta Sibylina:

Quo lati ducum aditus centum, ostia centum.

Su dimension es de cerca de 25 piés de longitud por 12 de latitud. Con el fondo, que está á la extremidad, forma como un doble santuario. "Hé ahí, nos decia el guía, los restos de las tres tinajas de piedra en que la profetisa tenia cuidado de purificarse antes de pronunciar sus oráculos; aquí en el centro está el pedestal desde el cual hablaba." ¡Cosa notable! las mismas explicaciones que acabábamos de oír de boca de nuestro cicerone, los guías las daban hace ya mil setecientos años. Yo no sé si me engaño, pero me parece que en la gruta de la Sibyla de Cúmas, visitada y descrita por San Justino mártir, es difícil no reconocer aquella en que estábamos.